

La desencantada experiencia de 1978

E.
MIRET
MAGDA
LENA

NO voy a hablar del desencanto político que ha cundido durante este año. Ni del desánimo y desorientación, por no decir escepticismo primero y pesimismo después, que se manifiesta crecientemente en el pueblo español; y si no, ahí está el porcentaje, imprevisto por todos, de abstenciones a la hora de votar la nueva Constitución, superadora de la pesada losa franquista que siempre bordeaba el totalitarismo o, al menos, se quedaba siempre en dictadura. Pero el aliciente de un cambio definitivo de un régimen que no gustaba a los españoles no fue suficiente para movilizar a nuestras masas de forma general. Los partidos políticos —parlamentarios o extraparlamentarios— no tendrán más remedio que hacer un severo examen de conciencia, por ser a ellos a quienes más afecta el resultado tan corto de este referéndum, que debió haber sido masivo por las circunstancias que rodeaban teóricamente al acontecimiento, ya que era la superación de una etapa que todo el mundo considera que es y debe ser irreversible.

Todos sus líderes han de considerar despacio la imagen ideológica de su grupo, hoy muy desdibujada, y la necesidad de un programa claro y concreto a corto y medio plazo, que lo conozca y asimile bien nuestro pueblo. Del mismo modo que es preciso analizar cuidadosamente el proceso sindical, y reconocer que han pasado los primeros momentos de profusión de adhesiones, y no son pocos los que se desinteresan crecientemente de la labor conjunta de estas centrales sindicales por la simple razón de que sus expectativas —razonables o no— piensan que no se han cumplido como esperaban.

Sin duda, el paso de la coerción política casi total que padecíamos hasta llegar a la democracia instaurada es siempre difícil, y no basta el deseo de paz de la casi totalidad de nuestros ciudadanos, ni el afán de mejora de sus situaciones materiales individuales, para conseguir la estructura política dinámica que se necesitaría para cumplir tales anhelos. El desencanto está ahí, y debe ser sacado a la luz sin eufemismos ni ocultaciones infantiles.

Pero no es ese mi tema; es preciso que hablemos también de lo religioso. Que nos percatemos de lo que ha pasado en este año 1978; y hagamos un breve y escueto balance, no por eso menos sincero.

El año empezó bajo el signo de las críticas asambleas eclesidásticas del tiempo franquista. En Barcelona se reunieron 600 presbíteros para orientar los problemas religiosos de aquella zona de nuestro territorio español. Pero —y ese es el síntoma nuevo— aquella reunión pasó sin pena

ni gloria, lo mismo a los españoles del Estado que a los del entorno concreto donde se debata el tema. Y algo parecido es lo que ha ido sucediendo con los acontecimientos eclesidásticos y eclesiales durante el año, a través de toda nuestra geografía, y sin excepción alguna.

Se habla en la prensa de una ley regulando la libertad religiosa, se reúnen para ello los representantes de las más diversas confesiones religiosas del país, y a nadie —fuera de su cerrado círculo— le interesa el tema. Se celebra una *Semana Social* que antes tenía repercusiones dentro del catolicismo español, e incluso la contestación juvenil dentro de sus reuniones, y hoy no recordamos los españoles siquiera lo ocurrido ni los temas tratados. Cuando muere el más conspicuo representante del integrismo español violento, el padre Venancio Marcos, apenas recordamos el suceso los que ayer éramos víctimas de su ira apocalíptica que resonaba como la de los antiguos profetas de calamidades del Antiguo Testamento que predicaban la guerra santa. Se pergeña a puertas cerradas la implantación de un impuesto religioso para mantener la misma situación de privilegio que perduró en España durante los últimos siglos, y nadie lo airea suficientemente, ni la gente se interesa por ahondar en ello. Se convocan reuniones religiosas masivas a la vieja usanza —hasta ayer todavía triunfalistas— y este año ya no pueden celebrarse al aire libre porque no hay efectivos suficientes para repetir la hazaña de años anteriores.

Y nada hablemos de la Constitución, de las relaciones marxismo-cristianismo, del divorcio o del matrimonio civil. El apasionamiento por estos temas queda limitado a pequeños grupos, religiosos o no, que se sensibilizan en pro o en contra de ellos haciendo cuestión de gabinete estos últimos en no transigir; pero esta postura rígida escapa a la gran masa española que hace cincuenta años se indignaba durante la Segunda República por aquellas medidas civiles que, sin embargo, no entrañaban una problemática tan a fondo como la que hoy se plantea a nivel religioso o moral con estos temas de actualidad en el país.

El caso de don Marcelo —el cardenal de Toledo— es bien significativo. Su pastoral del "no" (de un "no" sutil, como corresponde a toda postura eclesidástica actual) no inclinó la balanza a ningún lado. Los católicos retrógrados respiraron al sentirse moralmente apoyados por este documento, sacado a destiempo y lleno de simplificaciones sin profundidad; pero no aumentaron por eso sus filas decididas a oponerse a la Constitución. Los vacilantes

se mostraron satisfechos al poder adoptar definitivamente esa postura de indecisión, que vieron avalada de un modo o de otro por un documento eclesidástico con el marchamo del cardenal primado de España. Y los avanzados, partidarios del "sí", se indignaron por la intervención destemplada de este prominente prelado que —indeciso él también— esperó a última hora para salir a la palestra de la votación constitucional, cuando él mismo había aprobado precisamente hacía pocos meses el documento de la Comisión Permanente del Episcopado, tan criticado en el espíritu de su actual pastoral.

El único síntoma que parecía sacar de su atonía al catolicismo español fue la muerte de Pablo VI y la inesperada elección de Juan Pablo I. Pero aquello duró bien poco. Fue como un fuego de artificio sin continuidad, con su brillo espectacular que ciega nuestra vista, y a los pocos minutos se cae en una oscuridad mayor que la que palpábamos momentos antes de la explosión de los fuegos artificiales.

Y no se me hable de la renovación litúrgica que se ha producido en estos años, ni de las nuevas ideas teológicas, ni del cambio de costumbres en el clero que tan retrógrado era ayer. Porque todo eso, cuando bien se analiza, o es bien poco o no representa apenas ningún avance profundo para fomentar el sentido religioso de un cristianismo vital de fuerte incidencia, primero en los individuos y después en la sociedad.

Nuestra Iglesia española está en plena decadencia porque ya no es noticia para nadie desde el punto de vista religioso, aunque todavía lo sea como simple curiosidad. Esa es la verdad de nuestra situación, a pesar de los meritorios esfuerzos de pequeños grupos que, al menos, no se sienten engañosamente triunfalistas y quieren empezar por el principio.

En todos los ámbitos —y especialmente en el religioso— no tenemos más remedio los católicos que darnos cuenta de que, después de tanta alharaca apostólica o institucional, estamos en el comienzo como si nada hubiéramos hecho en los años anteriores del triunfalismo nacional-católico. Y si nos percatamos de ello, y no nos desanimamos los que todavía somos creyentes en la fuerza vital religiosa, tenemos todavía un porvenir.

Esa es la ambivalente —y decadente— experiencia religiosa de nuestro evaporado año 1978. ■